

Rota (J. T.) — Cuando en 1953 el orden franquista dio generosamente luz verde a la construcción de una base naval de utilización conjunta hispano-norteamericana en la localidad gaditana de Rota, ni el más pesimista de los lugareños alcanzaría a imaginar, probablemente, hasta qué punto la existencia de la base iba a influir negativamente en el futuro de la ciudad.

España acababa de ingresar en las Naciones Unidas cuando se iniciaron las obras de la base. De un total de 8.426 hectáreas que abarca el término municipal de Rota, se expropiaron 2.274 hectáreas, más del 25 por 100 de la superficie municipal, pertenecientes a los terrenos más fértiles del pueblo. Las expropiaciones afectaron a 659 familias, que perdieron así su medio de vida y que representaban la tercera parte de la población.

Por aquel entonces la ciudad sustentaba su economía en la agricultura, la pesca y el turismo, estando la propiedad de la tierra muy repartida y produciendo cosechas no cuantiosas pero ciertamente cotizadas por

la calidad de sus frutos y productos de huerta, mientras el muelle pesquero facilitaba trabajo a unas doscientas familias enraizadas igualmente en una tradición marinera. Junto a la agricultura y la pesca, Rota encontraba en el turismo nacional una importante fuente de riquezas al contar con una gran colonia veraniega procedente, fundamentalmente, de Jerez, Sevilla y Extremadura.

Al finalizar la construcción de la base en 1958, Rota es, de alguna forma, una ciudad distinta. Ha perdido su puerto de refugio debido a las obras del espigón de defensa de la base y al aterramiento total producido en su dársena a consecuencia de la construcción del dique-muelle de la base naval, que hace de los vientos dominantes de esta zona origine que los temporales

de invierno rompan contra el dique y la mar vuelva sobre el puerto haciendo que se ciegue de arena.

El turismo se va

Rota pierde, igualmente, 2.274 hectáreas, de las mejores tierras de cultivo de su término, especialmente óptima para el cultivo de frutales, que además era zona de pinares colindante con una franja playera que se extendía hasta la zona del Puerto de Santa María, de gran valor turístico.

Y por último, la ciudad se resiente de la pérdida de su tercera fuente de riquezas: el turismo interior. Las familias veraniegas procedentes de Jerez, Sevilla y Badajoz encuentran en

la base un elemento perturbador en un doble sentido. Por una parte, el riesgo objetivo que representa el formidable armamento militar allí custodiado, y en el plano de la moral y las buenas costumbres —las familias veraniegas pertenecen a la burguesía conservadora andaluza— se advierte una relajación en la vida pueblina y una proliferación de barras americanas o «puti-clubs», como son denominados por los lugareños, donde con frecuencia se registran fuertes escándalos. En base a ello, aquellas familias de veraneantes abandonaron Rota definitivamente para asentarse en los veranos de Punta Umbría, Mazagón o Cádiz. Rota quedó descolgada, definitivamente, del «boom turístico» que por aquellos años se iniciaba en nuestro país.

Tantos perjuicios no tuvieron una contrapartida justa. Si bien la base naval generó un extraordinario desarrollo de la construcción en Rota, ésta se hizo anárquicamente y sin contemplar las características urbanísticas y paisajísticas de la población.

Choque de costumbres

Lo obsesivo era construir torres de apartamentos para «alquilar al americano». Por otra parte, los puestos de trabajo cualificados para la población civil dentro de la base son ocupados por personas ajenas a Rota, mientras los roteños tienen acceso solamente a los niveles de peonaje. Basta decir al respecto que la oficina de

colocación de la base se encontraba instalada fuera de Rota.

Con la puesta en funcionamiento de la base, en la que lograron colocarse 600 roteños de un total de 1.600 españoles como personal civil, las calles de Rota se ven invadidas por enormes coches conducidos por personal exótico, que imponen sus costumbres a una población absolutamente inerte ante la base naval. Los inevitables chinos, con sus no menos restaurantes especializados, se apoderan de buena parte de locales donde instalan sus negocios mientras se van abriendo, paralelamente, infinidad de «snack-clubs» servidos por «señoritas» que encuentran en Rota la tierra prometida que ya dejó de ser la Sevilla de los americanos de Morón de la Frontera.

Con la presencia de los norteamericanos, Rota sufre el inevitable proceso de colonización cultural que imponen siempre los hijos del dólar allá por donde se esparcen y que tan alto costo humano, político y económico le ha supuesto en las dos últimas décadas a los Estados Unidos.

Una ciudad colonizada por la base naval